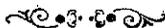


REFUTACION  
DEL  
MATERIALISMO,

POR EL DOCTOR

**ANASTASIO GARCÍA LOPEZ.**



MADRID:  
Imprenta de Alcántara, Fuencarral, 81.  
1874.

# Datos de Copyright

## **Sobre la obra:**

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

## **Sobre nosotros:**

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web [www.ebookespírita.org](http://www.ebookespírita.org)



[www.ebookespírita.org](http://www.ebookespírita.org)

C<sup>o</sup> 2593-47

REFUTACION  
DEL MATERIALISMO.

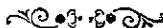
C por secretaria 4 Abril 1879

# REFUTACION

DEL

# MATERIALISMO,

DISCURSO PRONUNCIADO POR D. ANASTASIO GARCÍA LOPEZ  
EN LA SESION DE CONTROVERSA DEL DIA 16 DE ABRIL DE 1873, CONTESTANDO Á LOS ARGUMENTOS  
ESPUESTOS POR LOS MATERIALISTAS EN LA SOCIEDAD ESPIRITISTA ESPAÑOLA.



MADRID:  
Imprenta de Alcántara, Fuencarral, 81.  
1874.

## SEÑORAS Y SEÑORES:

Después de cinco discursos seguidos que llevo ya pronunciados, dos en la discusión habida con la escuela católica, y tres en la controversia con los materialistas, creía haber terminado mi tarea; y lo deseaba vivamente, no tanto por mí cuanto por el público, que indudablemente estará cansado del forzado abuso que hago de la palabra en estas sesiones. Pero como en la noche anterior fui tantas veces aludido por el señor Capdevilla, no he podido menos de pedirla de nuevo, aun cuando con el propósito de no hacer un discurso, sino únicamente algunas observaciones á errores emitidos aquí por los materialistas, y señalando además varios de los argumentos que yo hice á su doctrina en sesiones anteriores sobre los que nada han dicho, ó han huido de ellos, escapándose por la tangente.

Antes de todo haré notar que no están conformes entre sí los tres señores que han tomado parte en la discusión en nombre de la escuela materialista, pues mientras el Sr. Vinader admite todos los fenómenos espiritistas, pretendiendo explicarlos por el magnetismo, el Sr. Cárceles los niega todos, hasta los del magnetismo y sonambulismo, y el Sr. Capdevilla no sé si los admite ó si los niega, porque no nos lo ha dicho todavía. Tampoco están conformes en la manera de contestar á un argumento que les hice sobre la imposibilidad de concebir la identidad del yo pensante con la doctrina materialista, pues si la razón es el resultado de la organización encefálica, como quiera que todas las células se renuevan y al cabo de cierto tiempo no queda en la organización ni una molécula de las antiguas, había de resultar que el yo pensante de hoy no fuese el mismo de la infancia, ni el mismo de la pubertad, por lo cual no existe un yo siempre idéntico, habiendo con esto una inmensa dificultad para explicar los recuerdos ó la memoria de cosas pasadas en lejanas épocas. El Sr. Vinader se conformó, para ser lógico con sus ideas, con que la tal identidad no existía y que el yo variaba conforme se renovaba la materia de la organización, y hasta añadió que no se tenían recuerdos de los sucesos pasados. El Sr. Capdevilla admitió que había un yo siempre idéntico, y decía, con una grande inocencia, que á pesar de que la razón era el producto de la organización cerebral, la prueba de que la identidad del yo existía es que cada uno tiene conciencia de que era siempre el mismo sugeto. Pues ese es precisamente mi argumento, qué siendo idéntico el yo pensante en todos los momentos de la vida, cómo se compagina esto con la constante renovación de la materia orgánica del cerebro y de todo el cuerpo.

Pero no solo no están de acuerdo en la doctrina que sustentan, sino que vienen á impugnar el espiritismo sin conocerlo ni haberlo estudiado. De ello dan pruebas á cada paso; y no basta que afirmen que lo conocen y que lo han estudiado, pues por los efectos se viene en conocimiento de las causas, y recordando los dos discursos del Sr. Capdevilla, que

on de los que más especialmente me propongo ocuparme en esta noche, se comprende que á lo sumo ha leído el índice de algun libro espiritista, ó algun sucinto folleto de esta doctrina; pero que no ha hecho un estudio profundo cual se necesita para lanzarse á la crítica de ella. Porque toda la tarea del Sr. Capdevilla se ha reducido á darnos una leccion de fisiología, y de mala fisiología; á exponer conocimientos de patología, y de mala patología; y á indicar algunas ideas de terapéutica, y de mala terapéutica. Con lo cual S. S. ha dado pruebas de que está al corriente de las obras de Beclard y de Longet y que conoce la fisiología experimental; que sabe hacer diagnósticos y administrar á sus enfermos jarabes y julepes. Mas ¿qué tiene que ver todo esto con el espiritismo? De que los alimentos se mezclen en la boca con la saliva; y la ptialina les dé la primera modificacion química, que se aumenta luego en el estomago al mezclarse con los jugos gástricos y bajo la influencia de la pepsina en ellos contenida; de que el quilo se absorba y pase á la circulacion por el mecanismo que S. S. explicó; de que sufra la sangre en el pulmon la hematosis, y todas las funciones se realicen segun los procedimientos que nos manifestaba ú otros más científicos, ¿se deduce que no hay Dios, y que tampoco existe en el hombre el principio que llamamos espíritu, siendo por lo tanto erróneos los fundamentos de la doctrina espiritista? Pero es que el Sr. Capdevilla entiende que esta escuela todo lo atribuye al espíritu, desechando las fuerzas y las leyes de la organizacion, y presume que nosotros admitimos que el espíritu hace la saliva y la digestion y todo cuanto corresponde al organismo. Y véase una prueba de lo que indicaba antes, esto es, que vienen á impugnar el espiritismo sin conocerlo ni haberlo estudiado suficientemente. Otra prueba de ello es la confusion que hizo de la doctrina de las reencarnaciones con la metempsícosis de Pitágoras, pensando que la teoria de este filósofo de la antigüedad es la que nosotros admitimos. En las reencarnaciones de nuestra doctrina no se consigna la trasmision regresiva del espíritu, pasando de un cuerpo de la especie humana á un cuerpo de otra especie inferior, mientras que en la hipótesis de Pitágoras se enseñaba que existia este retroceso. Es pues evidente que al sostener que nuestra doctrina sobre la pluralidad de vidas del espíritu humano, animando sucesivos cuerpos, es la metempsícosis de Pitágoras, se dá una prueba de que no se ha leído nada fundamental y serio de espiritismo.

No me ocuparé de las confusiones que hizo el Sr. Capdevilla de algunas escuelas filosóficas al citar los pensadores que les dieron carácter ó las instituyeron, haciendo figurar en unas nombres que realmente corresponden á otras, ni tampoco del error que cometió al admitir como sinónimos el método inductivo y el analítico, y el deductivo con el sintético, cosas que no fueron una distraccion, toda vez que repetidamente lo ha dicho siempre así en sus discursos. Inducir no es analizar, ni deducir es sintetizar, Sr. Capdevilla; y le diré además, como de pasada, que todas las ciencias necesitan de principios formales, fundamentales ó filosóficos, que llevan en si la razon de su evidencia, sin que hayan menester de pruebas de hechos para demostrarla, por más que en los hechos se halle tambien la prueba de su verdad. La inteligencia asiente á esos principios sin aguardar á que la experiencia la ilustre sobre ellos, tal como sucede cuando decimos que el todo es mayor que la parte, ó que no hay efecto sin causa. Mientras una serie de conocimientos no tiene esos primeros principios que sirven para explicar y relacionar el conjunto de hechos y de fenómenos allegados por la observacion y la experiencia, la serie particular de conocimientos, cualquiera que ella sea, no sale de la categoría de un empirismo, y no se eleva por lo tanto á la condicion de verdadera ciencia. En tal situacion se halla esa jactanciosa doctrina de los materialistas, condenada por la ceguedad de sus mismos prosélitos á no ser en sus manos una ciencia sino un empirismo.

Tambien el Sr. Capdevilla ha hecho una lamentable confusion entre las escuelas filosóficas y las sectas religiosas, atribuyendo á las primeras los errores, los abusos y los crímenes de las segundas. Porque se ha ejercido el despotismo y la tiranía en nombre del catolicismo, deduce con una lógica peregrina que todo eso ha sido debido á las escuelas espiritualistas. El absurdo que envuelve este modo de discurrir no necesita refutarse, pues basta indicarlo para comprender lo gratuito de tales suposiciones. Por otra parte, el señor

Rebolledo se ha hecho cargo ya de ellas y demostrado que cuando las religiones se han separado de la parte espiritual de su doctrina y se han fijado en las fórmulas y en la parte material, es cuando han caído en esos abusos y crímenes que no son ni podían ser la consecuencia del espiritualismo de ninguna escuela, y mucho menos de la de Cristo.

He dicho antes que los que aquí han venido á defender el materialismo, no conocían el espiritismo, ni estaban entre sí de acuerdo en sus propias doctrinas, puesto que unos negaban lo que otros defendían; y ahora añadiré que tampoco conocen el materialismo moderno: porque el que nos han exhibido es el de la teoría atomística de hace veinticuatro siglos, presentado en el siglo XVIII por el barón de Holbach en su *Sistema de la Naturaleza*.

Vosotros rechazais los principios de nuestra escuela, porque como no los habeis estudiado ni conoceis su razón de ser, los tachais de hipotéticos; y no os habeis fijado en que todo el organismo de vuestra doctrina materialista arranca de una hipótesis, porque la existencia del átomo la suponeis, que vosotros no lo habeis visto ni tocado. Lo mismo os sucede con la materia, única existencia real que admitís; pero vosotros solo conoceis los cuerpos, mas de ninguna manera la materia de donde los cuerpos han salido. Si la química nos enseña de que simples se forman los compuestos, no sabe sin embargo de donde han salido los simples; y si establece afirmaciones sobre esta cuestión, no se fundan en la experiencia, y acude por lo tanto á una hipótesis. Sois pues, inconsecuentes, porque nos habeis dicho que no admitís ninguna cosa como verdad, y que no es para vosotros un conocimiento lo que no hayais adquirido por los sentidos.

Y yo os pregunto, ¿por qué sentido habeis llegado al conocimiento de la materia primitiva, ó de los átomos primordiales anteriores á los cuerpos simples, que tomáis como la base fundamental de vuestro sistema? Vuestra noción de los átomos y de la materia es una hipótesis, no una experiencia.

Os he dicho en otra noche, sin que hayais contestado á esta observación, que la materia existía por la impulsión antitética de dos fuerzas, la centrífuga y la centripeta, y que si se suprimiera una de ellas, la centrífuga, por ejemplo, toda la materia del universo, se podría encerrar, como decía Ampère, en el hueco de una mano, y yo añado que se reduciría al punto matemático; y si por el contrario faltara la fuerza centripeta, la materia se disgregaría tanto y tanto, que la imaginación se pierde en esa difusión y enrarecimiento infinito, y solo encuentra como término el estado primitivo de la materia llamada cósmica ó etérea.

No conoceis, pues, la materia, y únicamente los sentidos os dan el conocimiento de sus accidentes, de sus estados ponderables, y de las propiedades de los cuerpos, de los cuerpos, entendedlo bien, porque las propiedades que conoceis no son esenciales á la materia misma, sino de los cuerpos nacidos de ella, y por lo tanto son accidentales y contingentes, no esenciales como pretendéis. Y aun esas propiedades, y toda la ciencia que de ese conocimiento habeis deducido ¿están realmente en los cuerpos ó en vuestra manera de sentir? Porque se me ocurre preguntaros que cuando decís, por ejemplo, que el azúcar es blanca y dulce, si tuvierais otra organización ó un sistema nervioso diferentemente organizado, tal vez el azúcar os parecería, y sería realmente amarga y de otro color. Esto lo vemos con los distintos animales, pues cosas que para unos son repugnantes, para otros son agradables; y en el mismo hombre sucede en algunos estados morbosos que le parece amargo, ó salado, ó ágrío aquello en lo que no halla estas cualidades en el estado normal de su organismo, y lo mismo acontece con los colores y otras cualidades de los cuerpos. Luego si estuviéramos organizados de otra manera, atribuiríamos á los cuerpos otras propiedades de las que ahora les asignamos, y lo que consideramos áspero nos parecería suave, y lo verde sería amarillo, lo opaco, transparente, etc., etc. ¿Cómo, pues, afirmáis que conoceis la materia por sus propiedades, y que estas son intrínsecas suyas, cuando en rigor son modos de ser de vuestra sensibilidad y de vuestra organización? Ya lo veis, ese manoseado aforismo de Aristóteles que citais á cada paso, de que *nada hay en el entendimiento que no esté antes en los sentidos*, es incompleto para construir con él ninguna ciencia; y le falta lo que añadió Leinnitz cuando dijo, *nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos, menos el entendimiento*

*mismo*. Lo cual quiere decir que la noción de la inteligencia no se adquiere por los sentidos y que esa noción, que constituye la filosofía propiamente dicha, es indispensable para la construcción de la ciencia.

Si no conocéis la materia, ni aun siquiera sabéis lo que son eso que llamáis sus propiedades; sino sabéis lo que son fuerzas, porque así lo habéis declarado; y si además, no estáis tampoco de acuerdo sobre los principios de vuestra doctrina, ¿cómo decís que venís aquí en nombre de la escuela materialista? Porque quien dice escuela; dice dogma, unidad de sistema, de leyes y de principios; y vosotros no tenéis un dogma común, no aceptáis los mismos hechos, no los teorizáis del mismo modo, vuestro criterio es individual, sois empíricos y eclécticos, y solo traéis al debate vuestras opiniones personales. No sois pues los representantes de una escuela, sino de vuestras ideas particulares, sin que haya uniformidad mas que en vuestros grandes errores. Y que no conocéis el materialismo moderno, os lo demostraré muy en breve, enseñándoos muchas cosas que habéis dicho ignorabais, tales como la materia, la fuerza, la electricidad, el magnetismo, el lumínico y el calórico, ya que habéis manifestado desconocer lo que son estos agentes imponderables ó dinámicos. Mas antes de exponeros la doctrina materialista admitida por la ciencia moderna, y aceptada por la escuela espiritista como parte integrante del conjunto de sus principios fundamentales, voy á contestaros á una pregunta que con repetición nos habéis dirigido, pensando que nos anonadábais con ella, y que no tendríamos manera de contestar, vislumbrando en esto el triunfo de vuestras opiniones. Me refiero al problema que nos habéis planteado; haciendo empeño en que digamos si la fuerza va unida ó está separada de la materia; y os recuerdo que habéis dicho que no sabéis qué cosa son las fuerzas, y que además os acabo de demostrar que también desconocéis lo que es la materia primitiva, tal como era antes de la formación de los cuerpos. Pues bien, con arreglo á nuestras ideas, la fuerza es inseparable de la materia; pero si entendéis por materia lo ponderable, lo que afecta vuestros sentidos, entonces la fuerza está separada de esa materia. Ved como las fuerzas se separan y se aíslan de lo que vosotros llamáis materia, y como aquellas alcanzan á mayor extensión de la que tiene el cuerpo ó la materia que las contiene. Si con una barra de hierro imantada se atraen agujas que se hallen á unos cuantos centímetros de distancia, claro es que desde el polo norte del iman hasta las agujas, hay un espacio que no le ocupa la materia hierro, pero sí la fuerza: luego esta se halla fuera del hierro que la contiene. Lo mismo sucede con la fuerza de atracción planetaria; el sol envía esta fuerza hasta los más lejanos planetas, como la tierra la ejerce sobre la luna; y en las distancias á que se hallan unos de otros esos cuerpos, la fuerza los enlaza y los toca sin que haya contacto entre la materia ponderable de ellos. Aquí tenéis ejemplos irrecusables y bien manifiestos de que las fuerzas pueden estar, y lo están en efecto, separadas de lo que vosotros llamáis materia. Mas como nosotros, y con nosotros la ciencia moderna que vosotros desconocéis, hace una distinción necesaria entre cuerpos y materia, llamando con este nombre á la sustancia primitiva, á la materia caótica, al primer modo de existencia de esta antes que hubiese ningún cuerpo, de aquí que admitimos que la fuerza va siempre unida á esa materia primitiva ó cósmica, porque es ella la misma fuerza, toda vez que las fuerzas no son otra cosa que sus varios modos de movimiento. (*Muy bien*).

Para comprender todos los hechos de la creación, para investigar las leyes y las fuerzas precisa remontarse al origen del Cosmos, y no tomar como punto de partida un hecho cualquiera de la larga serie de acontecimientos que se han realizado desde el principio de los tiempos. Si pretendiéramos estudiar cuantas evoluciones ha sufrido nuestro planeta, tendríamos que ir retrocediendo por todas sus épocas geológicas, atravesando desde la época moderna por las que dieran lugar á los terrenos terciarios, secundarios y primitivos, y pasar más allá de los silúricos, hasta un período anterior á toda formación sólida y líquida, sin organizaciones, sin rocas, sin aguas, sin cuerpos compuestos, ni aun siquiera simples; á un período en el cual el globo era una masa gaseosa ígnea. Y todavía tuvo otro período anterior, cuando en vez de una masa ya conglomerada, era un anillo alrededor del

sol, porque todos los sistemas planetarios han sido primero una gran aglomeracion de materia cósmica, separada de la totalidad que llena todos los espacios, y despues, haciéndose un punto central para sus evoluciones, se formaron inmensos anillos concéntricos, que replegándose luego sobre sí mismos y alrededor de otro centro de sus movimientos, fueron quedando reducidos á globos ó esferóides, que siguen girando por sus respectivas órbitas alrededor del centro comun ó del respectivo sol, del mismo modo que los satélites giran alrededor de sus planetas, de quienes han sido á su vez anillos gaseosos allá en aquellas épocas de las primeras formaciones del sistema planetario. Esa materia primera, que constituía la nebulosa, y más tarde la individualizacion de los cuerpos estelares, materia homogénea y por lo tanto la misma la que quedó para organizar el sol que para cada uno de los planetas que consigo arrastra, esa es la materia cósmica, que decís no sabeis lo que es, manifestando estrañeza hasta del nombre que la damos.

Ahora bien, tenemos que convenir en que ha habido un tiempo anterior á todos los mundos y á todos los sistemas planetarios, un tiempo anterior á toda creacion, en el cual no se concibe otra cosa que esa materia cósmica informe llenándolo todo, materia imparticulada, imposible de reducirse á átomos, ni á moléculas, más sutil que los fluidos imponderables que conocemos; y no habiendo otra cosa que esta sustancia, cuanto existe ha salido de ella y es ella misma.

Si me suscitais ahora la cuestion de si esa materia, origen de todos los mundos, es eterna ó si ha sido creada, os diré francamente que no lo sé; y no es que me arredra ese pretendido axioma que dice: *de la nada, nada se hace*, porque la inteligencia suprema puede haber creado esa materia por su voluntad, sacándola de la nada. Debo decir que yo tengo la creencia de que esa materia cósmica es eterna y forma parte de la esencia misma de la causa primera increada á que llamamos inteligencia absoluta, porque no comprendo nada fuera de ella y que no haya salido de su esencia misma. Pero cualquiera sea la opinion que se tenga sobre el origen de dicha materia cósmica, no desvirtúa la explicacion que vengo dando sobre ella y sobre las fuerzas, acerca de las que es tiempo ya de que os diga alguna cosa.

Fuerza no es más que el movimiento de la materia cósmica, y el movimiento es esencial en ella, por lo que dicha materia está moviéndose incesantemente. Luego la materia cósmica es á la vez fuerza y materia, y si la llamáramos fuerza únicamente, emitiríamos un concepto completo y exacto. Mientras esa fuerza no se determina en movimientos que producen equilibrio en ella, no nace la materia ponderable; pero cuando esa materia fuerza, que llamamos cósmica, evoluciona de modo que se encuentre y neutralice en sus direcciones, se forma una ecuacion de movimientos, cuyo resultante es una polarizacion determinada, y aparecen los primeros átomos de la materia ponderable. Por esto, todo cuerpo grande ó pequeño, está constituido por las dos fuerzas centrípeta y centrífuga; y si desaparece ese antagonismo de movimiento, el cuerpo se resuelve en materia cósmica ó en fuerza pura. Luego la materia ponderable es el encuentro de dos movimientos opuestos de la fuerza universal cosmogónica. Pero esa fuerza que existe en todas las cosas, no tiene solucion de continuidad, y se halla unida á toda la materia cósmica del universo. Así es que lo mismo las grandes masas de materia ponderable, que los pequeños cuerpos, que las moléculas y los átomos de todos ellos, están envueltos por una atmósfera de fuerza ó de materia cósmica que se continúa con toda la que llena la inmensidad del espacio. Ved, pues, cómo la fuerza va siempre unida á la materia, y como la materia primitiva es ella la misma fuerza; pero desde que por la neutralizacion ó equilibrio de sus movimientos se transforma en materia ponderable, deja ya de ser fuerza, continuándose empero con la fuerza ó con la materia cósmica de que se ha formado. Y ved tambien cómo es una verdad lo que os he dicho otras veces; que todas las creaciones no son mas que producto de fuerzas y transformaciones de las fuerzas mismas.

Ahora bien, ¿quereis saber lo que son esos agentes dinámicos, calórico, lumínico, eléctrico y magnético, y otros muchos de la misma categoría que desconocemos? Pues no son otra cosa más que intensidades de movimientos de la materia cósmica, esto es, la fuerza

única moviéndose con velocidades varias, siendo el menor movimiento el calórico; una mayor rapidez, la luz; más todavía, la electricidad; y otra mayor aún, el magnetismo. Todo esto no es invención mía; es el materialismo moderno que vosotros desconocéis, y que nosotros aceptamos, porque es una de las fases de la creación que estudia el espiritismo. Esta es la doctrina de Descartes, de Laplace, de Cuvier, de Flammarión, del P. Sechi, de Humboldt, y de todos los pensadores modernos que han estudiado la naturaleza. Por esto ha dicho Cuvier que la materia era el sustentáculo de las fuerzas, como Arago decía que la materia pasa y las fuerzas quedan. Si no conocéis, pues, la doctrina misma que habéis venido á defender; si ignoráis el materialismo moderno, ¿con qué derechos científicos impugnáis al espiritismo? La contradicción, si existe, entre las ciencias positivas y el espiritismo, será con vuestro anticuado materialismo; más no con el que hoy admite la ciencia.

Ya habéis visto la base de nuestro materialismo, la noción de la materia fuerza, con la que se explican todas las creaciones, lo mismo la formación y las múltiples fases de esos millones de cuerpos que en el espacio giran, que los de todos los cuerpos orgánicos é inorgánicos que se han desenvuelto en cada mundo ó en cada planeta. Y ved cómo el espiritismo explica por la materia y las fuerzas todo lo material de la creación, sin atribuir, como lo había entendido el Sr. Capdevilla, al espíritu individualizado la elaboración directa de todo lo ponderable y orgánico. Y además, no necesita multiplicar las fuerzas ni las materias, como hay precisión de hacerlo en el sistema materialista que ustedes han sostenido en estas sesiones; lo cual consiste en que también confunden y hacen sinónimos las leyes y las fuerzas, y una cosa es la ley y otra la fuerza. Por esto yo he sentado aquí proposiciones de que algunos se han extrañado, como cuando dije que no había fuerza de atracción. La fuerza es siempre un movimiento de la materia cósmica, ó la materia cósmica moviéndose en una intensidad y dirección determinadas; y las leyes son las reglas á que se sujetan las fuerzas en las diferentes condiciones en medio de las cuales se ejercitan, y que por lo tanto determinan su evolución y sus productos. Luego la atracción no es en rigor una fuerza, sino una ley que arregla y ordena movimientos de la materia.

Con este criterio procede el materialismo moderno, y explica con una fuerza única y una materia también única todos los hechos del mundo material, estudiando é investigando las leyes múltiples á que aquella se acomoda por condiciones que surgen de sus mismas y sucesivas evoluciones. Estudia y explica toda la vida orgánica, como la inorgánica, y ve que son individualizaciones de la vida universal, porque la vida es el movimiento, es la fuerza, y en todas partes hay fuerza y movimiento, y por lo tanto hay vida.

Pero he dicho que esa materia fuerza era parte de la esencia misma del ser absoluto, ó en otros términos, que los movimientos y los productos de esa materia, se hacen con sujeción á un plan, á una previsión, á un orden que aparecen así en el conjunto como en los detalles, y por lo tanto llevan el sello de una inteligencia: luego la materia fuerza es la emanación de una inteligencia única y universal, y todo lo que es, y todo lo que hace, y todo lo que resulta de esa materia, va impulsado y dirigido por esa inteligencia, á que se ha convenido en llamar Dios.

Vosotros no creís en ese Dios, que como veís, no es el Dios de las religiones positivas, sino el Dios de la ciencia; ni creéis tampoco en el espíritu humano, porque no podéis hallar su demostración material, á la manera como se demuestran en la física ó en la química algunas verdades de hechos experimentales. Es bien seguro que vosotros necesitáis para creer en Dios y en el espíritu que os los presenten en un tubo de ensayo ó en el porta-objetos de un microscopio. Si alguien os dijera, ved este líquido contenido en el tubo; con la adición de unas gotas de ácido se produce una coloración de rosa, cuya presencia es Dios: ó con ácido nítrico, por ejemplo, se obtiene un precipitado azul, que es el espíritu, ¡oh! entonces admitiríais la existencia de esos seres, porque se demostraban por vuestros métodos. O bien, si se os hiciese ver alguna célula en el microscopio, agitándose de un lado para otro como un bracterio, y se os digese que aquello era Dios ó el espíritu, tampoco tendríais inconveniente en admitirlo, puesto que es muy común oírlos decir que negáis la exis-

tencia del alma, porque jamás la habeis hallado con el escalpelo en vuestras disecciones. (*Aplausos.*)

Pero no, no encontrareis jamás á Dios ni al espíritu con esos procedimientos, ni los vereis aparecer bajo los reactivos en un tubo de ensayo, ni presentarse en el objetivo de un microscopio, porque cada órden de conocimientos exige un procedimiento diferente para llegar á su posesion y á su demostracion. Si el químico se empeñara en comprobar los equivalentes de las combinaciones por la geometría y resolver con los problemas de las paralelas, de los triángulos, etc., la formacion del agua, de un sulfuro de hierro, de una reaccion entre el nitrato de plata y el cloruro de calcio, ni llegaria á su objeto, ni diria más que sandeces. Si á su vez el geómetra tuviese la terquedad de demostrarnos un teorema cualquiera por la botánica, y acomodar las demostraciones á la clasificacion de las plantas, incluyendo los triángulos, los polígonos y las curvas en las familias de Linneo ó de Jussieu, jamás conseguiria convencer á nadie de las verdades de su ciencia. Pues del mismo modo la realidad de la existencia de Dios y del espíritu no ha de buscarse en la química, ni en la fisica, ni en la anatomía, porque no los encontrareis con el escalpelo, con el lente ni con el reactivo, al ménos de la manera tangible que vosotros deseais, por mas que Dios esté en todas partes, aun cuando los miopes no le vean en ninguna. Mas, buscad á Dios y buscad el espíritu en las mismas leyes de esas ciencias, en el estudio de todos los fenómenos del universo, en la contemplacion de las obras de la naturaleza, y entonces vereis á Dios en todas partes, y la inteligencia admirándole por do quiera. En lo que vosotros no quereis ver más que la obra del acaso, las combinaciones de los átomos, propiedades intrínsecas de la materia, resplandee sin embargo un órden admirable, una prevision soberana, un calculado objeto, cosas todas que salen de la esfera de la materia y de las combinaciones de sus átomos. Y aun cuando efectivamente cuanto sucede en el universo, cuanto hay de grandioso en la mecánica celeste, cuantas maravillas revela la organizacion y la vida, cuanto de sublime admiramos en los hechos de inteligencia y de conciencia en los seres, fuese el producto de la materia y nada más que propiedades suyas, todavía cabe preguntar: ¿por qué la materia tiene esas propiedades?: ¿por qué en sus combinaciones ha dado origen á esos gigantes cuerpos celestes que giran alrededor de centros de atraccion?: ¿por qué no se chocan en el cruzamiento de sus órbitas?: ¿por qué la prevision de todos sus movimientos?: ¿por qué esos magníficos planetas se han cubierto del verdor de las plantas, de los colores de las rosas, de organismos animales, y por qué la materia combinándose llega á producir el pensamiento y tantas ideas de ciencias, de moral y de belleza como palpitan en la masa encefálica del hombre? Si la materia es ella misma la que se ha dotado de esas propiedades, de esas fuerzas y de esas leyes, teneis que convenir en que es sabia, inteligente, previsora, que se impulsa á sí propia hácia un objeto ó un destino de antemano calculado; y que toda vez que llega en algunas de sus combiaciones á desenvolver individualmente la inteligencia, los átomos ó las combinaciones que la representan existen y han de adquirir carácter permanente, porque al descomponerse la organizacion en la que se han desenvuelto, se disgregarán los tegidos y volverán al reino mineral; pero esa segregacion eléctrica que suponéis, ese fluido magnético que es, segun vosotros, el pensamiento mismo, la inteligencia del individuo, es irreductible á las sales, á los óxidos y á los gases de la organizacion putrefacta; y habrá de continuar siendo inteligente y con ideas el fluido imponderable en el que pretendéis que existe el pensamiento, la razon y la conciencia. Luego de vuestra misma doctrina se destaca una inteligencia absoluta, suprema, conjunto de todas las leyes de la creacion, infinitamente sábia, todopoderosa, fuente de cuanto existe; y además un producto inteligente tambien, imperecedero, que del seno de la naturaleza ha venido á elaborarse en un organismo para volver á ella con las modificaciones que en este ha adquirido. A vuestro pesar brotan Dios y el espíritu de vuestras mismas afirmaciones. ¿Qué significa entonces esa bandera levantada con el lema de *guerra á Dios*, si cuantos estudios amontonais como elementos para destruirle no sirven mas que para demostrar su existencia? (*Prolongados aplausos.*)

Cuando querais adquirir nuestras convicciones, no os fijeis en un solo grupo de hechos;

tomad el conjunto del Cosmos, comenzad por el principio, y seguid todas las evoluciones de la materia; y vereis que en el fenómeno inicial, y en el término de todos, así como en cuantos constituyen su série infinita, hallais á Dios revelándose en la atraccion universal, en las afinidades, en las cristalizaciones, en la célula orgánica, en la reproduccion de los séres: en los hechos de sentimiento, de inteligencia y de conciencia. Ya hemos visto que la materia á que vosotros os referís cuando con ella pretendéis explicarlo todo, es un elemento pasivo, producto de la fuerza, y que las diferentes y múltiples formas que afecta son asi mismo el resultado de la modificacion de las fuerzas. Luego razonais invirtiendo la lógica cuando estableccís como propiedades de la materia lo que no es intrínseco de ella ni de su esencia.

Meditad en la formacion de los mundos, de un sistema solar, en el modo como fué la materia cósmica aglomerándose en cuerpos esféricos que giran alrededor de un centro, y la regularidad, precision y armonía de todos sus movimientos, cosas que no son el producto del acaso, sino de fuerzas y leyes anteriores á la materia, que pertenecen á una esencia inteligente y previsora. Pensad un momento en la manera como ha ido evolucionando la materia en un planeta cualquiera, en el nuestro, por ejemplo, condensándose aquellos elementos que se hallaban en estado gasiforme en un principio, para dar lugar á la costra sólida, ténue película primero, y engrosada con el trabajo de los siglos, pero que apenas alcanza todavía un espesor de 20 leguas de profundidad. Ved las enseñanzas de la geología que ha descifrado esos geroglíficos trazados en las rocas, en el trastorno de los sedimentos y en los restos fósiles hallados en los diversos terrenos, y las verdades descubiertas á favor de esa ciencia sobre la formacion de los séres orgánicos, las especies que han ido apareciendo en cada época geológica, siempre de un modo progresivo hasta llegar al hombre, y os convencereis que en esa portentosa obra de la naturaleza hay mucho mas que fortuitas combinaciones de átomos, hay la intervencion de un elemento inteligente que ha supeditado á leyes esas combinaciones y esos organismos, teniendo todo esto un objeto calculado y previsto.

Ved con qué orden, con qué prevision han ido apareciendo especies de animales y vegetales en las aguas y en los continentes, armónicamente á los elementos en medio de los cuales nacia y de las circunstancias que las rodeaban; ved cómo se han venido reproduciendo y metamorfoseando unas en otras, hasta llegar en nuestro planeta á la especie humana, que es hoy la mas perfecta de las creadas, siendo permitido presumir con fundamento que aun ha de venir otra mas progresiva, otra especie superior á la humanidad actual, con un organismo mas perfecto, adecuado á las futuras condiciones del globo, y una razon ó un espíritu tambien mas perfecto en armonía con la organizacion en la que habrá de desenvolverse.

Si todo esto lo intentarais explicar por la materia y por las leyes físicas y químicas, no tendríais mas que combinaciones de átomos, cuerpos más ó menos compuestos; pero con vuestro criterio y vuestro método no se da la razon de los fenómenos que salen de la esfera de la estension y de las afinidades; no se explica satisfactoriamente la vida, ni la diferencia entre el cadáver y el organismo viviente y animado, ni el por qué de los tipos de las especies, ni los caracteres de ellas y de los individuos que las forman, ni se da la razon del crecimiento, de las edades, del término fatal de la existencia, de los misterios de la procreacion, á cuyo acto concurren los séres para cumplir un destino de la naturaleza, no siendo mas que instrumentos ciegos de sus designios.

Si os deteneis á contemplar alguno de los mas insignificantes de los séres orgánicos, ¡cuánto instinto y cuánta inteligencia no descubriréis en el diminuto cerebro de la abeja! ¡cuánto instinto y cuánta inteligencia en el cerebro globular de la hormiga! Y ¿todavía no veis á Dios?... ¿aún dudais de su existencia?... Vedle cómo se destaca en todas las cosas, porque Dios no es un mito, no es una hipótesis, sino un hecho, es todos los hechos, todas las existencias, la razon y la causa de las creaciones y la esencia misma de ellas. (*Aplausos*).

¿Pretendeis atrincheraros en vuestros conocimientos anatómicos y fisiológicos? Sea en buen hora. ¿Pensais que porque expliqueis por la mecánica, por la física y por la química

lo material de las funciones orgánicas, habeis dicho la última palabra de la ciencia, y que toda ella está contenida en el perímetro que vosotros la trazais? Admitimos todos los progresos de la histología, no hemos de recusar vuestra fisiología experimental y aceptamos vuestras teorías para explicar las funciones de los órganos. Pero notad que queda mucho por saber que se halla fuera de vuestras explicaciones y de las leyes á que pretendéis supeditar la vida. El hombre, decís, no es mas que un conjunto de células, su organizacion no es otra cosa que la multiplicacion ó proliferacion de una célula primitiva que se desprendió del ovario materno. Ciertamente es el hecho anatómico y fisiológico, pero remontad un poco vuestro pensamiento, y ved esa ténue vesícula de Graaf, en la que apenas encontraréis otra cosa que algunos átomos de albumina, y que bajo la impulsión del humor fecundante se dilata y multiplica en otras células, las que se transforman luego en un filamento apenas visible, como la punta de un hilo, envuelto en una gota de líquido transparente y cubierto todo por una película ténue, insignificante todo ello bajo el punto de vista anatómico, fisiológico y químico; y sin embargo grande y admirable bajo otros aspectos, porque en ese filamento se hallan los gérmenes de todo un completo organismo, como se hallan en el huevo los colores de las plumas de las aves, y en el niño los gérmenes de los dientes y de la barba; maravilloso y grande, porque en esa diminuta célula se halla quizás el germen de un poderoso cerebro y se está ya organizando el que ha de ser un Sócrates, un Galileo, un Newton, un Laplace, un Castelar ó un Víctor Hugo. (*Grandes aplausos*).

En esos mismos fenómenos de la embriogenia humana, vemos nosotros siempre la intervención de la inteligencia suprema, y hechos que están por encima de la física y de la química y de las raquíticas esferas en que encerrais vuestro mezquino saber. Ved cómo se desenvuelve esa célula germinativa, cómo se delinea la médula espinal, el cerebro, las estremidades y todos los órganos; contemplad ese notable fenómeno de ir presentando el embrión y el feto en sus diversos tiempos de desarrollo, semejanzas con organizaciones de otras especies inferiores, de pez, de reptil, de ave y de mamífero, como un recuerdo de la naturaleza de haber pasado por toda la escala zoológica antes de haber llegado á transformarse en organismo humano. Y es que la materia como el espíritu vienen siguiendo una marcha paralela y progresiva.

El simple desenvolvimiento del feto, su funcionamiento armónico al medio en que vive, los cambios orgánicos y fisiológicos que sobrevienen en la madre para alimentar al nuevo ser, primero con su propia sangre, y después con jugo de otros órganos que no se elabora sino en el momento necesario y preciso; el instinto del recién nacido que busca su alimentación y ejecuta movimientos de succión sin que nadie le haya enseñado el mecanismo que ese acto há menester; esos otros movimientos también instintivos y sin enseñanza previa de poner las manos para atenuar el golpe en sus caídas cuando los niños comienzan á andar, las sensaciones internas que nos impulsan á satisfacer las necesidades para la conservación de la vida; esa precisión y armonía en los actos de todas las funciones, la repugnancia á las cosas nocivas en los estados morbosos; los apetitos en algunos enfermos de cosas provechosas que la ciencia ni adivina ni consentiria; los movimientos críticos, las curaciones espontáneas, y otra porción de fenómenos del orden fisiológico, se hallan fuera de las leyes de la mecánica, de la física y de la química. Si no hubiese más que esto, aun en el simple hecho del crecimiento veriamos á la materia seguir el impulso recibido, y el crecimiento sería indefinido durante toda la existencia. Dada una enfermedad, no habria curación espontánea posible y siempre sería esta la consecuencia del arte; pero las curaciones espontáneas existen á impulsos de una causa autodinámica y final que dirige el organismo, que no está supeditada á las fuerzas mecánicas, físicas ni químicas. Luego no basta la materia ni sus fuerzas para explicar y comprender de un modo perfecto la organización y todos los actos fisiológicos, como acabais de verlo en estas ligeras consideraciones, sin engolfarnos en otras más profundas acerca de la procreación de las especies, de sus tipos primitivos, de lo que se reproduce en los individuos perteneciente á su especie, y otras aun más portentosas que por do quier nos ofrece la naturaleza para demostraros á cada paso que esas leyes á que vosotros quereis reducir toda la creación, lejos de ser

las primordiales y generales, no son sino pequeños destellos de otras superiores que abarcan mayor número de fenómenos, y que la causa, la razón y la esencia de vuestra ciencia fisiológica se hallan en otra ciencia más absoluta, en la ciencia del conocimiento del Ser, del conocimiento de Dios y del espíritu.

Ved cómo el espiritismo no solo no está en pugna con el materialismo y las ciencias naturales, sino que abarca en su estudio todos esos áridos problemas indicados y se completa con esos mismos hechos; así como la ciencia biológica necesita para hacerse comprensible por entero la intervención del elemento espiritual. Poco importa pues que acudais á la moderna teoría celular, y que digais con Virchow que el hombre no es más que un conjunto de células, que la nutrición es la generación de ellas, como la procreación es también otra multiplicación ó proliferación de células equivalente á la nutrición de la especie. Y aun cuando supiérais, que no lo sabéis, el modo de hacer esas células y las elaboráseis en vuestros gabinetes de química, y tuviéseis el perfecto conocimiento de sus componentes, todavía os faltaría la razón de haberse asociado las células de ese modo y no de otro para constituir los organismos sujetos á tipos específicos que se reproducen en los individuos de cada especie. Y aun cuando también admitáis la hipótesis de la unidad zoológica ó orgánica y la doctrina de las transmutaciones; esto es, que los elementos químicos se reunieron bajo la influencia de determinadas condiciones, dando lugar á células orgánicas que constituyeron materia orgánica amorfa y los primeros seres orgánicos que poblaron la tierra y las aguas, los cuales se han ido metamorfoseando con los cambios telúricos que se han sucedido, de tal suerte que llegaban á diferenciarse tanto de los mismos de las épocas pasadas que constituían una nueva especie; y que por lo tanto habiendo existido una primera generación espontánea para la materia orgánica primitiva, plasma originario de donde salieron los primeros y mas sencillos organismos, probará esto solamente que no ha habido otra cosa que mutaciones en los seres para acomodarse á las sucesivas modificaciones del globo; siendo cada especie una transformación de otra inferior hasta llegar á la especie humana, que no es sino un metamorfismo de los simios. Esta hipótesis, que yo la acepto como la mas racional de las que se han formulado, no es contraria, sin embargo, á las doctrinas espiritistas, antes bien, se armoniza con ellas y con la noción de las evoluciones del principio inteligente, á través de muchos organismos en una serie siempre progresiva. En buen hora que el espiritualismo católico rechace y anatematice esas ideas de la ciencia moderna; pero ese espiritualismo no es el nuestro, que no le encerramos en ningún dogma, sino en los descubrimientos científicos y en el criterio racionalista. Pero el materialismo estrecho que vosotros admitís no da con sus métodos y sus leyes la razón de esas creaciones y de esos metamorfismos de los seres para haber ido pasando desde la primera célula orgánica hasta la compleja anatomía del hombre. Precisamente en esos mismos hechos nos fundamos para admitir la intervención de una inteligencia y de una providencia que han arreglado las cosas con tanta sabiduría, dotando á la materia de propiedades y de fuerzas, á fin de que con tanto orden y armonía haya continuado, según los tiempos y circunstancias, desarrollando el reino orgánico, de tal suerte que en los que constituyeron las primeras especies se hallaban en germen los órganos que habrían de aparecer en otros tiempos para dar lugar á especies nuevas. Para aceptar esta doctrina no es necesario ser materialistas, pues el espiritismo las acepta y las explica, así como entiende también que aparecieron muchos hombres en diferentes regiones del globo por metamorfismo de individuos de la especie inmediata inferior, y este es el origen de las varias razas humanas. Todo esto es de la mas alta razón, reconoce una causa previsorá é inteligente que así impulsa los elementos de la creación, para un objeto determinado; y tales evoluciones en la materia han sido necesarias para el progreso del espíritu y para su individualización, siendo el mismo el impulsor de todos los fenómenos materiales indispensables para su perfeccionamiento. De la misma manera salta á la vista que no juegan solo las leyes de la mecánica y de la química, sino que entran por mucho otras fuerzas y otras leyes, que constituyen toda una ciencia nueva, el dinamismo universal á que todo se halla supeditado, y las fuerzas psíquicas, que son elementos intrínsecos de la creación entera, descuidados ó des-

preciados por vosotros, y con los cuales el espiritismo ha venido á completar la ciencia.

Aun cuando solo os detuviéseis á contemplar la diferencia entre un sér vivo y el cadáver, debiera esto bastaros para comprender que hay algo mas que materia y tejidos en la organizacion animada. Y no arguyais que los destrozos de los órganos han sido la causa de la muerte, porque bien sabeis que hay cadáveres cuyos órganos se hallan en mayor integridad que los de muchos enfermos y aun de personas que pasan por sanas. Bien sabeis que en ciertas muertes súbitas, en las que ocurren bajo la influencia de una impresion moral, por ejemplo, nada revelan las autopsias, y que el encéfalo y el sistema nervioso se encuentran mas completos que los de uno que vive con un foco apoplético ó un reblandecimiento cerebral; que los pulmones, el corazon, el estómago, etc., se hallan en mas perfecta integridad que los que viven con una tisis, con un aneurisma ó con un escirro.

Si el estudio de la organizacion no conduce á vuestras conclusiones, todavía resaltará más la verdad del espiritualismo si nos detenemos á apreciar la manera como pretendéis explicar por la fisica y la química los hechos intelectuales y morales. Dos opiniones habeis emitido sobre esto en el curso del debate; una que todo lo reduce á la electricidad; y segun ella las ideas, el pensamiento y la conciencia no son otra cosa que movimientos de ese fluido: otra, que explica los fenómenos intelectuales por el mecanismo de las células encefálicas, encargadas de la funcion de pensar, como las células del hígado forman bilis y glucosa. Aparte de que ni una ni otra teoría descansan sobre hechos, y son hipótesis más ó ménos ingeniosas, faltando sus autores al método y al criterio que dicen seguir en la investigacion de la verdad, ocurre desde luego la duda de que esa electricidad susceptible de inteligencia, no la forma el organismo, ni siquiera el cerebro, porque pertenece á los agentes dinámicos ó fuerzas universales de la naturaleza, de donde la toman las organizaciones, y por lo tanto estas no serán sino la condicion para que dicha electricidad desenvuelva la inteligencia, que es una propiedad esencial suya. Y como la electricidad, asi considerada, existe fuera de las organizaciones, y al salir de estas aquella parte que las animaba vuelve á su foco comun, porque es irreductible á otros elementos, á diferencia de los que se descomponen cuando viene la putrefaccion cadavérica, resulta que estos materialistas aceptan un principio que tiene la propiedad de desarrollar inteligencia, y que es distinto de los demás elementos químicos y orgánicos de cada cuerpo viviente, con la circunstancia de que no pueden ménos de declarar su supervivencia, toda vez que no se reduce á la nada con la muerte ni se resuelve en otros elementos. Admiten, pues, un alma material y son panteistas materialistas.

Cada idea, y por lo tanto cada percepcion, cada comparacion, cada raciocinio y cada pensamiento, no serien otra cosa que tensiones eléctricas distintas, acaecidas en la electricidad cerebral. Como son tantos y tan variados los pensamientos que se agitan y se suceden en el cerebro humano, al aparecer uno ha de borrarse otro, y no habria nunca permanencia de conocimientos, porque estos se hallarian supeditados á las incesantes y cambiantes tensiones eléctricas que los engendran.

No se puede admitir con esta teoría la identidad del yo pensante, ni este se diferenciaria de las mismas ideas. Sin embargo, cada hombre sabe distinguir en sí su personalidad de sus pensamientos, y tiene la conviccion de que estos son producto de una fuerza que constituye la esencia de su propio ser.

No habria tampoco recuerdos, porque pasada la tension eléctrica, quedaria borrada la idea que produjo, y para obtenerla de nuevo serian necesarias iguales circunstancias á las en que se halló el cerebro cuando la adquirió la vez primera. Todos nuestros actos intelectuales y morales serian irremisiblemente fatales, porque si la electricidad cerebral es la atraccion de la materia organizada, como dice el Sr. Vinader, y esta obedece á leyes fisicas y químicas que no pueden caer bajo el dominio de la voluntad, desaparece el libre albedrio, y no hay mérito ni demérito en las acciones humanas; estas no son buenas ni malas, y por

lo tanto no hay responsabilidad por ninguna de ellas. Así es, que aquellos pasajes de mis discursos de esta y otras noches, que le han parecido al Sr. Capdevilla excesivamente satíricos, son la consecuencia necesaria y fatal de la tensión eléctrica de mi cerebro, ó del movimiento que toman las células de este órgano, sobre cuyo fenómeno no tiene influencia alguna mi libre albedrío. De aquí que, sin yo quererlo, estoy elaborando pensamientos alcalinos ó ácidos, irritantes y caústicos para la susceptibilidad de S. S., á quien quizá le parezca también epigramático lo que acabo de decir. Pero es que á mí me sucede con el epigrama lo que á Virgilio con sus versos. Juraba á su padre que no volvería a componer ninguno, y se lo prometía haciendo un dístico en aquel

*juró juró pater  
numquam componere versus.*

A mí también me sucede que hago propósitos de no ser epigramático, y sin embargo se me escapa á lo mejor un epigrama, porque hay cosas que no merecen otra impugnación mejor. (*Risas*).

Y dada esta disculpa con la misma doctrina materialista sobre mi irresponsabilidad por aquello con que pueda mortificar á sus partidarios, vuelvo á mi anterior asunto para examinar la hipótesis que hace consistir el pensamiento en actos de la materia cerebral que, ó han de ser fenómenos eléctricos, cuya teoría acabo de refutar, ó movimientos de sus células, dependiendo la mayor fuerza de la inteligencia de la cantidad de masa encefálica, ó de la finura de esas células, ó de que contengan estas mayor proporción de fósforo ó de grasa fosforada etc. Cualquiera que sea el elemento de estos en que pretendais radicar los actos intelectuales, resultará lo que ya os dije en otra ocasión; esto es, que renovándose con frecuencia la sustancia del cerebro, ni puede haber la identidad del yo pensante, ni son posibles los recuerdos, porque las ideas se marcharán con las moléculas que continuamente se disgregan. Con arreglo á esta doctrina son imposibles también las ideas abstractas, y todas aquellas que esceden de los límites de las impresiones que las suscitan. ¿De qué fenómenos químicos, orgánicos ó eléctricos hubian de surgir las ideas de los tipos de lo justo y de lo bello? Además, el talento estaría en razón directa de la masa encefálica y de la organización vigorosa. Pero es un hecho que hay poderosas inteligencias en hombres de cabeza pequeña y de constitución endeble y enfermiza. También el vigor del entendimiento sería más fuerte en las personas bien alimentadas, cosa que no siempre es exacta, y hasta suele suceder lo contrario. No creais por esto que negamos los hechos citados en vuestros discursos. Admitimos las relaciones que habeis enumerado entre la inteligencia y el cerebro, la importancia de sus circunvoluciones, de la cantidad de su sustancia gris, la relación entre las ideas y las enfermedades; sabemos que hay narcóticos que borran los actos de la razón; que hay apoplejías y reblandecimientos cerebrales que sumergen al individuo en el estupor y la imbecilidad; que se pueden cortar capas de masa encefálica é ir destruyendo de este modo cuanto se quiera la inteligencia; sabemos, finalmente, todo lo que enseña la frenología, y no deseamos nada de los adelantos positivos de las ciencias biológicas. Pero no sacamos las mismas consecuencias que vosotros, á la manera como no afirmariamos que las condiciones de un piano desarrollaban ó anulaban el arte musical en quien lo tocase, pues aun cuando este fuese un excelente profesor, si vais quitando cuerdas al instrumento, irá perdiendo sonidos y armonía hasta reducirse al silencio, sin que por esto se hayan destruido la inteligencia y las facultades del maestro. El cerebro es el instrumento del espíritu, á favor del cual recibe las impresiones que recogen los sentidos y realiza sus manifestaciones haciéndole servir á su razón y á su voluntad; y ese fluido eléctrico del Sr. Vinader es el periespíritu de que habla nuestra escuela, que reúne las propiedades de lo que llamamos electricidad, magnetismo, lumínico, calórico y fluido vital ó nervioso, siendo el elemento material para las relaciones entre el espíritu y la organización; sus vibraciones son, en efecto, necesarias para que el mundo exterior se comuniqué con el espíritu y para que este forme sus ideas, realizándose esto en determinados estados sin necesidad de la organi-

zacion material. Es, pues, ese fluido el conductor de las impresiones y el vehículo de la voluntad; pero la razon, la inteligencia y la conciencia se hallan en lo que constituye la parte esencial y fundamental del fluido, en el alma, ó si no os gusta este nombre, en una fuerza que podeis llamar psíquica ó como mejor os plazca, segun han comenzado á hacerlo algunos hombres de estudio profundo, que no siendo espiritistas, pero no pudiendo negar los hechos, ni dar la explicacion de estos por las fuerzas y leyes físicas y químicas, pretenden añadir una fuerza más á las dinámias del universo, y llaman psíquica á la productora de todos los fenómenos del órden intelectual y moral. Por este camino llegarán indudablemente á nuestras propias conclusiones, á la admision de toda nuestra doctrina, sin otra diferencia que la de designar con el nombre de fuerza psíquica á lo que nosotros llamamos espíritu. Una cosa es que la organizacion influya en todos los actos intelectuales y morales y que el mundo externo los suscite y modifique, y otra muy distinta el afirmar que la razon y la conciencia no sean otra cosa que movimientos de la materia.

Si la razon humana no fuese otra cosa que una propiedad del cerebro, resultaria que no habria un tipo á que poder referir la verdad, la justicia y la belleza, porque cada cerebro elaboraria de diferente manera y en grados diversos las ideas sobre estos objetos; y yo tendria derecho para decir á esos señores materialistas que demostrándome la frenología y craneoscopia que sus cerebros son defectuosos, porque no estan desarrollados para la idealidad ni para el talento metafísico, y preponderando mucho en algunos el órgano de la firmeza y del orgullo, se hallan orgánicamente incapacitados para comprender el espiritualismo y el espiritismo. En nuestra doctrina, semejante refractacion se explica de otro modo; es que no ha llegado su espíritu al grado de perfeccion suficiente para merecer la comprension de estas santas ideas; es quizás una expiacion, ó una prueba por su soberbia y orgullo de vidas anteriores, cuyo carácter sigue todavía marcándose en su actual existencia orgánica; y por esto son aun refractarios á toda demostracion de estas verdades; ni dan asenso á la teoria ni á los hechos, porque la única verdad, la verdad absoluta está solamente en sus cerebros, toda la humanidad ha vivido y vive en el error, ménos ellos que saben más que Dios mismo, si admitiesen la existencia de ese ser supremo. (*Muy bien*).

Vedlo, señores materialistas, vuestra hipótesis, que no pasa de esta categoría la tal doctrina, es insuficiente para construir la ciencia psicológica, está muy por debajo de todas las hipótesis espiritualistas, y únicamente se os debe el haber estudiado uno de los dos lados de esta cuestion compleja, el lado orgánico ó material, y mediante cuyo estudio, que nosotros admitimos, se completa el de la parte psíquica ó puramente anímica. El espiritismo, que toma de vosotros los hechos referentes á la organizacion, y de los espiritualistas los hechos intelectuales y morales, forma una síntesis perfecta, explicando las relaciones y armonía entre el espíritu y la materia, y la parte que cada uno de estos elementos toma en la vida y en las evoluciones de la razon.

Pero vuestra doctrina, os lo repito, no satisface ni contesta á las dificultades que surgen para comprender la identidad del yo pensante, la distincion que este hace de sí mismo y de las ideas y pensamientos; no explica la memoria y los recuerdos, y mucho ménos las ideas abstractas, las ideas generales y las que constituyen lo que llamamos tipos en el terreno de la ciencia, de la moral y del arte, ó sean las ideas típicas de la verdad, de la justicia y de la belleza.

Con vuestra doctrina no existe el libre albedrío, porque todas las acciones humanas son la consecuencia fatal y necesaria de la organizacion de cada cerebro, de los elementos que le forman, de la mayor ó menor cantidad de fósforo, de grasa, de albumina, ó de electricidad que haya en ellos; ó bien del pronunciamiento más grande ó más pequeño de tales ó cuales puntos del encéfalo; y como el hombre no se hace sus órganos, como él tampoco es dueño de que acuda á su cerebro más ó ménos cantidad de cada uno de los elementos que le forman, ni de que esa pila eléctrica se halle con tensiones fijas y supeditadas á su voluntad, de aquí que, como decia antes, todos nuestros actos son fatales y por lo tanto irresponsables como los del demente ó del idiota.

Esas son las consecuencias del materialismo. Con él desaparece tambien la conciencia,

y la moralidad queda supeditada á las ventajas materiales y á los goces que nuestras acciones nos proporcionen.

Por consiguiente lo justo es lo útil, y el egoísmo es el criterio de los materialistas. Si no hay en la organizacion un elemento superior á ella, que ha vivido antes y vivirá despues de la existencia material; si nuestra vida presente no se halla entre dos eternidades; si nada hemos sido antes de nacer, y todo queda terminado en la tumba, siendo una quimera la supervivencia del pensamiento y de los recuerdos; entonces la verdadera sabiduria consiste únicamente en aprender á conservar con buena salud y el mayor tiempo posible esta organizacion, en facilitarnos muchas comodidades y placeres, importando poco los medios á que para ello haya que apelar, pues siempre que puedan eludirse las leyes y castigos de la sociedad, el individuo debe quedar satisfecho si consigue el objeto de hacerse la vida más duradera, más cómoda y más agradable.

Los remordimientos son una preocupacion, consecuencia de la educacion falsa que hemos recibido; pero un materialista ilustrado no debe tenerlos. ¿Qué importan el robo, el asesinato, la injuria ni la calumnia, siempre que esos medios le reporten utilidad y no le impongan por ello ningun castigo? El daño que infiriera á su semejantes es un acto indiferente que debe tenerle sin cuidado.

Igual sucede con esa otra preocupacion llamada caridad. ¡Incalculable absurdo! Dar á otros parte de nuestro alimento, parte de nuestro abrigo, destruir su ignorancia y hacerles todo el bien posible!... (*Muy bien*).

Cuando el atrevido obrero se lanza en medio de un incendio, y por salvar un niño, perece él mismo ó queda inutilizado para ganar el sustento de sus propios hijos, comete un acto de demencia. El que se sacrifica por la libertad de su patria; el que sufre la prision, el destierro ó la muerte por difundir ideas salvadoras y de progreso de la humanidad, es sin duda un imbécil, no un héroe, porque semejantes acciones no caben dentro del criterio materialista. (*Muy bien*),

Sin embargo, entre ellos hay muchos poseidos de tales aberraciones. ¿No habeis venido aquí con la idea de hacernos un bien, pretendiendo disipar nuestros errores? Pues qué utilidad os ha de reportar nada de esto?

Lo desconsolador no es esto solo, no es que pretendais matar el sentimiento, sino que querais sustituirlo con la creencia materialista, dando por toda alegría y recompensa la idea de que el organismo humano se resuelve en sus elementos químicos, y que todo lo que se refiera á la vida intelectual y activa queda termidado, sin que dos seres que se amaron vuelvan á encontrarse jamás en otras relaciones que en las fortuitas de las combinaciones químicas, en que á favor de la eterna circulacion de la materia puedan alguna vez asociarse un átomo de oxígeno que estuvo en el cuerpo de una madre con otro de hidrógeno, ó de cal que pertenecieron á la organizacion de su hijo. Todas las hipotesis espiritualistas son más consoladoras que la vuestra, y sobre todo la espiritista, que léjos de aceptar esas fábulas del catolicismo, como lo son el infierno y el purgatorio, inquiere y descubre las leyes del espíritu y del mundo intelectual, y demuestra la verdad de una vida eterna, de la cual esta es una ligera etapa, habiendo por lo tanto de reunirse otra vez en la vida libre y en otras esferas aquellos seres simpáticos que vivieron amándose en este planeta. Por esto yo he dicho algunas veces que si el Espiritismo no fuese, como realmente lo es, una gran verdad, habria que haberlo inventado para consuelo del corazon humano, en vista del abandono en que lo deja el frio materialismo con su incredulidad, y de la insuficiencia, horrores y absurdos con que por lo comun van mezcladas las hipótesis religiosas cuando esplican la situacion del espíritu despues de la muerte del cuerpo.

El amor segun vuestra teoría, no tiene nada de espiritual, de belleza ni de poesía; es un apetito sensualista, que se realiza por actos mecánicos y químicos; es el amor de los incendiarios de la internacional. (*Prolongados aplausos*).

Pero indiqué poco há que ni aun en esto sois consecuentes, porque en oposicion á vuestras predicaciones de estas noches, no sois insensibles á las penas morales de la vida.

¿No hay entre vosotros quien haya perdido algun hijo adorado? ¿No habeis tenido nin-

guno aún la desgracia de cerrar los párpados de una madre querida y dar el último beso en su frente helada por la muerte? Y ¿han sido para vosotros esos acontecimientos indiferentes, los habeis podido contemplar con serenidad, sin que se haya conmovido el sentimiento, sin que hayais humedecido con vuestras lágrimas el rostro del cadáver de una madre ó de un hijo? ¿El materialismo os hace tan refractarios al dolor moral, que no sentís esas desgracias propias ni las ajenas? ¡Imposible!,... Vosotros sentís como todos los hombres, vosotros llorais tambien esas desgracias, por más que la razon os diga, como á nosotros, que son fenómenos naturales, necesarios é inevitables. ¡Desgraciado de aquel que no sabe llorar en presencia de sucesos tales, porque es un idiota, un demente ó un malvado! (*Sensacion*).

¿No habeis tampoco sentido en vuestros amores otra cosa que los actos de una funcion fisiológica, y no veis en vuestras esposas más que átomos y combinaciones químicas, y el cariño á vuestros hijos es únicamente un movimiento de las células?....

Basta ya de discusion. No habeis impugnado los principales fundamentos de la doctrina espiritista. Bien es verdad que como vuestra tarea se ha reducido á negar la existencia de Dios y la del alma, si esa doctrina fuese cierta, quedaba destruida la base de la nuestra y por lo tanto no eran ya lógicos los demás principios que la constituyen.

Sin embargo, aun concediéndoos todo eso, que no es poco conceder, vuestra impugnacion no alcanzaria á la hipótesis espiritista sobre la creacion universal, á la pluralidad de mundos habitados por seres inteligentes, sobre los que no podeis afirmar nada acerca de su organismo ni de su espíritu; porque muy bien pudiera ser que el hombre de la tierra no tuviese más que organizacion material y que en este planeta no haya nada de lo que nosotros llamamos espíritu; pero que en otros planetas más perfectos exista ese agente de la inteligencia, que tenga vidas orgánicas y vidas libres, y que los espíritus de otros mundos superiores puedan venir á comunicarse con nosotros. Porque ello es lo cierto que vuestra pretendida ciencia, aun en el caso de que fuese verdadera, se limita á la comprension de este pequenísimó globo y de las organizaciones de los seres, incluso la del hombre, pero estos estudios no os autorizan para negar la habitabilidad de otros mundos, la existencia en ellos de espíritus que aquí no habeis podido encontrar, y la comunicacion de estos con nosotros y de ellos entre sí. Ved como á pesar de vuestro materialismo, todavía queda en pié mucho de la doctrina espiritista para obligaros á que busqueis nuevos argumentos.

Nos habeis dicho repetidas veces que no podíamos presentaros demostraciones prácticas y experimentales de nuestras afirmaciones, y que por lo tanto no tenia carácter de ciencia el espiritismo. Decís tambien que los hechos que citamos no los habeis presenciado y que estos debian ser del dominio de todos, no esclusivamente nuestro, por lo cual os creéis con derecho para negarlos. Ni sobre este particular os halláis de acuerdo, toda vez que uno de vosotros, el Sr. Vinader, admite todos los fenómenos espiritistas que otros habeis negado, sin disentir aquel de nuestra escuela más que en la explicacion ó la teoría; porque para él todo es electricidad, y en cuanto existe, tanto del orden físico, como del intelectual y moral, no ve otra cosa que movimientos de esa electricidad; que es su universo, su dinamismo, su materia, su alma y su Dios. Por lo tanto á este ilustrado impugnador no necesitamos demostrarle hechos que él no niega.

En cuanto á vosotros, os diré, que los hechos que constituyen la parte experimental del espiritismo no son un secreto de nuestra escuela, son del dominio público y pertenecen á todo aquel que los busca y los provoca con ilustracion y razon serena. Son como los experimentos de la química. Nadie tiene derecho á decir que los hombres de ciencia los reservan para sí, y aun cuando sean pocos los que los conocen, abiertas se hallan las cátedras para que aprendan la química y verifiquen sus experimentos cuantos tengan deseo de estudiarla. Pues lo mismo sucede con los hechos espiritistas. Búsquelos e! que quiera conocerlos, y de seguro los presenciara si lo merece,

¿Pero es cierto que no conocéis nada práctico, nada experimental, siendo así que los fenómenos brotan de continuo en medio de la normalidad de los sucesos de la vida? ¿No habéis tenido nunca presentimientos que luego se han realizado? ¿En vuestros sueños no ha ocurrido la vision de algun acontecimiento que se cumple en un porvenir más ó ménos lejano? ¿No habéis visto sonámbulos naturales, de esos que se levantan dormidos y se entregan á ocupaciones propias de la vigilia, sin que sea para ellos un obstáculo la falta de luz y hallarse con los párpados cerrados? En vuestra práctica de médicos ¿no habéis tenido ocasion de observar alguno de esos enfermos que en los últimos momentos de su postrer dolencia, salen súbitamente del abatimiento y el letargo, demostrando una sorprendente lucidez, discurrendo con más juicio y claridad que nunca, y que á veces determinan con mucha mayor precision que el médico más experimentado el día y la hora en que acontecerá su muerte? Pues todos estos son fenómenos naturales de espiritismo, única doctrina que los explica; porque con la vuestra no os cabe más que negarlos, ó confesar que no sabéis en lo que consisten. ¿No teneis tampoco noticia de algunos de esos individuos que son un prodigio en algun ramo de conocimientos, á veces desde su infancia, sin que nadie les haya enseñado aquello que parece han traído ingénito en su ser? ¿No sabéis que hay poetas, pintores, escultores, mecánicos, matemáticos, etc., desde que tienen uso de razon, y antes de haber leído nada ni escuchado cosa alguna sobre esos conocimientos que son innatos en ellos, porque los adquirieron en otras existencias? Pues tampoco esto se explica fuera de la teoría espiritista, única que, con la pluralidad de encarnaciones, puede comprender como muy natural ese fenómeno, porque el espíritu que desarrolló en otra existencia una determinada facultad, puede al encarnar de nuevo imprimir un grado superior de actividad á la parte del cerebro encargada de auxiliar á aquella facultad, y recordar los conocimientos de otra vida, aun antes de cultivar nuevamente ese órgano. Y hé aquí tambien por qué nuestra frenología es más completa que la vuestra, pues no la estudiamos solo en la materia, sino en el espíritu, que es quien infunde al cuerpo y quien moldea el cerebro de que ha de servirse.

¿Tampoco conocéis los fenómenos que se refieren al magnetismo y al sonambulismo provocados? Pues ahí teneis á vuestro compañero el Sr. Vinader con gran experiencia en este particular, y él os asegurará que es evidente esa influencia de unas personas sobre otras hasta el punto de dormir las, de producir en ellas la insensibilidad, la catalepsia y el éxtasis, la lucidez sonambúlica, pudiendo leer con los ojos tapados, ver objetos y sucesos á enormes distancias, y que revelan conocimientos á que son extraños los magnetizados, y que hablan á veces de sucesos del porvenir ó de un pasado que era de ellos ignorado. Todo esto es tambien espiritismo, y nada explica tan satisfactoriamente esos fenómenos como nuestra doctrina, con perdon sea dicho de la teoría eléctrica del Sr. Vinader, teoría que nosotros aceptamos para una parte del fenómeno, más no para el todo de él.

Y por último señores, esos otros hechos que han llegado ya á ser triviales por lo repetidos, cuales son los movimientos de los veladores y de otros objetos inanimados bajo la imposición de las manos de algunas personas, son asimismo pertenecientes á la parte práctica y experimental del espiritismo, sin que podamos relegarlos á la categoría de fenómenos puramente físicos dependientes de la electricidad de los circunstantes, en razon á que en el mayor número de casos se obtienen por ese medio, contestaciones y comunicaciones inteligentes.

Pero voy á ocuparme de otros fenómenos más portentosos, más extraordinarios, que son la prueba más concluyente de la intervencion de fuerzas psíquicas ajenas á la nuestra para que se produzcan, de agentes extraños á las personas que los presencian, y por lo tanto subordinados á la voluntad y al poder de espíritus desencarnados. Me refiero á esos hechos del movimiento de muebles pesados, de la ascension en el aire de grandes mesas, de los ruidos, sonidos de instrumentos, voces articuladas, apariciones de personas ya difuntas, y la elevación de alguno de esos *mediums* que, como Dunglas Home, asombran con sus fenómenos. Aun cuando en varias épocas de la historia de diversos pueblos han existido individuos dotados de esas rarísimas propiedades, suscitándose con su presencia los

singulares fenómenos de que me ocupo, y que se hallaban al parecer, en oposicion á las le- y es de la materia y de la física, no citaré á Apolonio ni á Jesús ni á otros personajes de quienes se refieren los hechos á que aludo en este momento, y me limitaré á mencionar algunos de los numerosos que se están realizando en nuestros dias con un medium estra- ordinario, que vive en la actualidad, conocido en casi todas las naciones, que no es una persona vulgar, y á quien han tratado y tratan sugetos de grande instruccion y de posi- cion elevada. Todos los fenómenos que he indicado antes, incluso el de elevarse él mismo en el aire hasta tocar en el techo de las habitaciones, se producen sin que este medium ponga de su parte otra cosa que su pasividad, porque asegura que se realizan sin su vo- luntad y hasta contra su deseo algunas veces. Hombres dedicados á las ciencias, catedrá- ticos de diferentes universidades, redactores de varios periódicos, han asistido á las sesio- nes de mister Home, casi todos dominados de una grande incredulidad, dispuestos á ins- peccionar si para la produccion de los fenómenos se empleaban furtivamente imanes, má- quinas eléctricas ó algunos otros medios conocidos y á los cuales se debieran los hechos que iban á presenciarse. Existen multitud de narraciones publicadas en periódicos, y suscri- tas por personas muy caracterizadas, detallándose los fenómenos y las precauciones to- madas para asegurarse de que no existia fraude ni mistificacion alguna.

Uno de estos escritos se publicó en Nueva-York en 1852, refiriendo varias sesiones de Dunglas Home, presenciadas por el teólogo y catedrático de lenguas orientales, doctor Bush, y otros profesores de la universidad de Harvard. El acta que se publicó la firmaron, Bryant, Bliss, Edward y Daniel Welles, todos catedráticos de la citada universidad; y re- fieren haber oido ruidos estraordinarios y presenciado otros fenómenos sorprendentes, entre ellos la elevacion en el aire de una gran mesa, hallándose sentados sobre esta varios de los circunstantes. En el mismo año de 1852 se publicó otra relacion análoga por Jonh, Lord y Elmer, y otras nueve personas más.

Han presenciado tambien esos fenómenos el doctor Hallok, médico de Nueva-York, el doctor Gray, medico de grande reputacion en dicha ciudad, y los distinguidos químicos Hare y Mapes, y el doctor Hull.

El periódico titulado *New York Conference*, publicó en su número del 26 de Diciembre de 1854 la narracion de algunas sesiones presenciadas por uno de sus redactores, comision- nado *ad-hoc* para poder referir con exactitud lo que hubiese de cierto en los hechos de Dunglas, y dicho redactor afirma que no habia fraude, ni aparatos ni agente alguno mate- rial, mediante los que hubieran podido realizarse los hechos estraordinarios y maravillosos que presenció.

En el periódico de Lóndres, *Morning Advertiser*, se halla otra narracion muy completa de semejantes fenómenos, debida al doctor Wilkison que los habia presenciado.

En varias publicaciones se halla tambien consignado que el padre Ravignan, de la compañía de Jesús, tuvo el encargo de la Côte de Roma, de dirigir á Dunglas Home y aconsejarle las prácticas místicas, porque la Iglesia le considera como un endemoniado, atribuyendo á los diablos todos esos fenómenos. Los presenció, por consiguiente, y certificó de ellos, el referido padre Ravignan, hasta que Home abandonó el catolicismo y se hizo protestante para librarse de las absurdas predicaciones del jesuita que por algun tiempo fué su confesor.

En 1857 se ocupó toda la prensa de una sesión que presenció Napoleon III, cuyos fenó- menos fueron de tal naturaleza que produjeron grandes preocupaciones en su ánimo.

Y por último, diré al Sr. Capdevilla que nuestro colega el doctor Louis, de Paris, ha visto muchos de los estraordinarios fenómenos de Dunglas Home, por haberle visitado con frecuencia, á causa de la escasa y delicada salud que disfruta este hombre singular, dotado de tantas facultades medianímicas.

Seria interminable si hubiera de referir todos los testigos que han presenciado esos fe- nómenos; pero no prosigo por no abusar de la bondad del auditorio, y porque lo dicho basta para probar que tales hechos no son una impostura de los espiritistas. Y nuestros ad- versarios no tienen derecho para negarlos, no. Cuando personas honradas, verídicas y en

tanto número, afirman que los han presenciado, estais obligados á creerlos; no debeis decirles que mienten, porque entonces procede que alegueis las pruebas de vuestra afirmacion, y no podeis escusaros de demostrar que esas relaciones son falsas y amañadas. Mientras no probeis esto, lo repito, teneis el deber de creernos, sino quereis cometer la grave falta de atropellar nuestra dignidad y nuestra honradez. Vuestro derecho está limitado á indagar si han mentido los autores de esas publicaciones, y á buscar á esos hechos la explicacion que mejor os cuadre. Decid en buen hora que la causa de ellos es la electricidad, el magnetismo, ó aunque sea el diablo. Entonces discutiremos sobre la causa; mas en cuanto á la realidad de los hechos, ya lo he dicho, nadie se halla autorizado para negarlos mientras no haga la prueba de que hemos faltado á la verdad. (*Muy bien*).

Y con esto concluyo por esta noche, habiéndoos demostrado la insuficiencia de vuestra doctrina para la construccion de las ciencias físicas y naturales, como para las filosóficas, y sobre todo para la explicacion de los fenómenos psicicos. Yo no entro en la esplanacion completa de todos los principios de nuestra escuela, porque he querido limitarme á rectificar los errores que han emitido aquí los materialistas, y á demostrar con los hechos de su ciencia positiva, que de ninguna manera se comprende mejor y se demuestra mas palpablemente la existencia de una inteligencia absoluta que con la ciencia misma, y cuanto mas se progresa en sus investigaciones, tanto más claramente se vé á Dios, que se revela en la atraccion universal, en el órden de los sistemas planetarios, en las afinidades químicas del reino mineral, en la vida de las plantas, en los organismos animales, en el instinto, en la inteligencia y en la conciencia. Del fondo de esos hechos brota siempre la nocion de Dios, como del estudio del hombre brota la nocion de su propio espíritu, distinto de sus órganos. El espiritismo, pues, se aparta tanto del dogmatismo teológico de todas las religiones como del ateismo de los materialistas. Nuestro Dios no es el Dios de los católicos, ni el simbólico de otras sectas; adornado con las cualidades y pasiones de los hombres: ni tampoco es nuestro Dios la materia ciega y pasiva. Nuestro Dios es el dinamismo del universo, es el conjunto de fuerzas y de leyes, ó mejor dicho, la única fuerza y la única ley que impulsa y dirige la creacion entera, con órden, con inteligencia, con sabiduría absoluta; es, en una palabra, el Dios de la ciencia, que le comprendemos mejor cuanto más la estudiamos y más penetramos en ella. El espiritismo es una síntesis que abarca los descubrimientos de las escuelas materialistas y de todos los ramos del positivo saber, estudia simultáneamente la materia y el espíritu, y armoniza las contradicciones que existen cuando se prescinde de uno de estos dos elementos en la construccion de la ciencia. Me persuado que aquella arrogancia con que comenzasteis vuestras impugnaciones estará ya suavizada, porque los proyectiles lanzados desde vuestro materialismo no han hecho mella alguna en nuestras trincheras, y permanece ondeante y vencedora la bandera del espiritismo. (*Prolongados aplausos*)

HE DICHO.